



Erasmus Zarzuela

### Estimados lectores:

Coincidiendo con el inicio de un nuevo año, El Duende cierra su espacio dedicado a los escritores y escritoras de Oruro, que se publicó por largo tiempo, bajo el rótulo de Letras Orureñas, y que reunió una prolija constelación de nombres de cultores de las letras.

Nos complace informarles que en su lugar inauguramos una nueva sección dedicada al casi olvidado género epistolar, donde se irán publicando cartas memorables de escritores y escritoras de todos los tiempos, sin otro criterio de selección que no sea el de la calidad literaria de las epístolas.

Para iniciar dicha sección que hemos denominado **El dulce vicio de escribir**, reproducimos, no una carta, sino un texto reflexivo sobre el género epistolar escrito por una de las mentes más brillantes de occidente. El escritor rumano - francés E. M. Ciorán.

Además, El Duende retoma la publicación de la columna Cementerio Club de Benjamín Chávez.

Hacemos votos por que estas modificaciones sean del completo agrado de nuestros lectores, ya que no nos anima otro espíritu que el de ofrecerles textos de calidad que renueven, periódicamente, *el dulce vicio de leer*.

Los editores



el duende  
director: luis urquileta m.  
consejo editor: alberto guerra g.  
benjamin chavez c.  
erasmo zarzuela c.  
coordinación: juilla garcía o.  
diseño: david ángel illanes  
casilla 448 telfs. 5254855 - 5276816  
e-mail: oruduende@latinmail.com



Zona Franca

Oruro S.A.

# Cementerio Club

Nítidamente laborioso, bien se sabe, el trabajo empeñado en la edificación de las columnas pervive sumiso y obstinado por la dogmática ilusión de estar llamado a sostener algo. Estén estas en la drástica versatilidad del reino de lo establecido o en el sugerente cúmulo de sospechas sobre la tersura de la página en blanco, sus dimensiones se encuentran y entrecruzan en un furtivo intercambio de disquisiciones Mutis Mutandis al oído de un viento punitivo que, subrepticamente no ha dejado nunca de correr.

Mármol y papel hermanos en la susceptibilidad de un estoico destino, la posibilidad de derrumbe no sin un mínimo de estrépito la condición (des)estabilizadora de lo deseado y la gratuidad flotante de una empresa pecando de megalomanía.

He aquí que un cúmulo de fosforescencias, aturridos restos de la parranda, son traídos a colación (otra travesura de duende), con ínclita medida de destajo.

Cementerio, columnas, columbario, elementos hipotéticos de futuros silogismos. Basa, fuste y capitel, un emperador romano, un músico de rock calibrando la tesura del tercer milenio y la insospechada comunión en este tiempo-espacio aturrido por el son estrepitoso de la inversa metáfora de la agonía: el carnaval inminente.

Cuando el flaco Spinetta grabó su Ataud en el 73, azuzaba un Pescado Rabioso con Pomo y Machi desde la certeza de que "todas las hojas son del viento", hasta la repulsiva constatación de "las habladurías del mundo", no sin antes detenerse en la fundación de un Cementerio Club, dejando establecido que además de estar solo y triste, haría calor en verano.

Nada más alejado de los cementerios o columbarios, pero también solo y triste, acaso por eso mismo, el emperador Marco Ulpio Trajano ordenó la construcción de una columna (en este caso conmemorativa a la guerra de Dacia) en el año 112, para depositar sus cenizas cubiertas de oro en lo alto, a prudente distancia de la infecta realidad cundida de cristianos, garantizando así la instauración de un coto vedado y un plácido reposo más cercano a la mierda de las palomas que al meo de los perros (gráfica elocuencia de épocas donde los más sutiles conceptos podían ser transmitidos en función y obediencia a los mismos objetos a los que se referían).

Distancias, alturas, reflejos o transformaciones puedan acaso encararse y comprenderse desde el obscuro reducto asociado a la muerte. Un cementerio. Ni do elefantes ni aun de esperanzas, como indiscutible territorio de movimientos y devenir propio, casi diríamos absoluto.

Queda entonces desde hoy al descubierto, con imagen de Escher y epitafio de Nicanor Parra, por poner los primeros ejemplos, este Cementerio Club.

Los pájaros de Aristófanes / enterraban en sus propias cabezas / los cadáveres de sus padres / (cada pájaro era un verdadero cementerio volante) / a mi modo de ver / ha llegado la hora de modernizar esta ceremonia / ¡y yo entierro mis plumas en la cabeza de los señores lectores!

Por último, agradecimientos ya obligados pero sinceros a los nombres consabidos. Tiempo, espacio, salud y vida en este Club como quién diserta frente al espejo, con una copa en la mano y un perplejo vacío sostenido en la otra.

No estoy atado a ningún sueño ya / las habladurías del mundo / no pueden atraparnos / nena / que calor hará sin vos en verano.



Benjamín Chávez